los hombres! Viéndoos reinar con tanta indolencia, y rodeado de viles aduladores, me fuí acostumbrando á la adulacion y al deleite. Yo creia que los demas hombres con respecto á los reyes eran lo que son los caballos y las acémilas con respecto á los hombres, es decir, animales de que no se hace caso sino cuando se necesitan ó sirven de comodidad. Creíalo yo; vos sois quien me lo habia hecho creer, y ahora padezco tantos tormentos por haberos imitado. A esos cargos añadian las maldiciones mas horribles, y tal era la exaltacion de su rabia que parecia que se iban á despedazar.

En torno de aquellos reyes andaban revoloteando ademas, como buhos por la noche, las crueles sospechas, los sustos infundados, las desconfianzas que vengan á los pueblos de la dureza de sus reyes, la insaciable Voracidad de riquezas, la falsa Gloria siempre tiránica, y la floja Indolencia que acrecienta todos los males que se padecen, sin proporcionar jamas placeres duraderos.

Veíase á muchos de esos reyes severamente castigados, no por haber hecho mal, sino por no haber hecho todo el bien que habrian debido hacer. Todos los crímenes de los pueblos que vienen de la negligencia en obligarlos á observar las leyes, se imputaban á los reyes, que no deben reinar mas que para que reinen las leyes por su ministerio. Imputábanseles tambien cuantos desórdenes nacen del fausto, del lujo y de todos los demas escesos que ponen á los hombres en un estado violento y en la tentacion de hollar las leyes para medrar. Sobre todo los reyes que con mas rigor se veian tratados, eran los que en lugar de ser buenos y vigilantes pastores de sus pueblos, no habian pensado sino en destrozar el rebaño como voraces lobos.

Pero lo que mas consternó á Telémaco fué el descubrir en aquel abismo de tinieblas y tormentos á un crecido número de reyes, que en el mundo habian pasado por bastante buenos: estos habian sido condenados á las penas de Tártaro, por haberse dejado gobernar por hombres perversos y artificiosos. Castigábase en ellos el mal que habian permitido hacer á nombre de su autoridad. La mayor parte de tales reyes no habian sido malos ni buenos, tanta era su debilidad: nunca habian temido no conocer la verdad, ni tenido inclinacion á la virtud, ni puesto su deleite en hacer bien.

LIBRO XIX.

Telémaco entra en los Campos Elíseos, en donde le reconoce Arcesio, su bisabuelo, que le asegura que Ulises vive, que le verá en Itaca y que le sucederá en el reino. Arcesio le pinta la bienaventuranza de que gozan los justos, sobre todo los buenos reyes que durante su vida sirvieron á los dioses é hicieron felices á sus pueblos, le llama la atencion, para que advierta como estan en lugar separado y son ménos dichosos los héroes que solo descollaron en la guerra, y le da consejos: despues de lo cual Telémaco se retira, apresurándose á ganar el campamento de los aliados.

Apénas hubo salido Telémaco de aquellos lugares, sintió que se le alijeraba el corazon, como si le hubieran quitado de encima una montaña, y conoció por su mismo consuelo todo el horror de los tormentos de los que allí estaban encerrados sin esperanza de salir jamas. Habiale espantado el ver con cuanto mas rigor eran castigados los reyes que los demas criminales. ¡Pues qué! decia, ¡tantas obligaciones, tantos peligros, tantas asechanzas, tantas dificultades para conocer la verdad y defenderse de los otros y de sí mismo, y al cabo tantos tormentos horribles en los infiernos, despues de una vida corta y tan llena de turbacion, de envidia, de contradicciones! ¡O insensato quien apetece reinar! ¡Dichoso el que se reduce á una condicion privada y apacible, en la cual le es ménos difícil la virtud!

Con tales reflexiones estaba perturbado en su interior: se estremeció, y cayó en un estado de abatimiento que le hizo esperimentar algo de la desesperacion de los desventurados que acababa de contemplar. Mas conforme se alejaba de la triste mansion de las tinieblas, del horror y de la desesperacion, iba recobrando poco á poco su valor: respiraba, y ya columbraba á lo léjos la dulce y pura luz de la morada de los héroes.

En aquel lugar habitaban todos los buenos reyes que hasta entónces habian gobernado á los hombres sabiamente: estaban separados de los demas justos. Como los malos príncipes padecian en el Tártaro suplicios mas rigorosos que los otros condenados de condicion privada, así los

buenos reyes gozaban en los Campos Elíseos de mayor bienaventuranza que los demas hombres que habian amado la virtud sobre la tierra.

Telémaco se adelantó hacia esos reyes, que estaban en bosquecillos fragantes alfombrados de céspedes siempre frescos y floridos: regaba tan amenos sitios el raudal cristalino de mil arroyuelos que esparcian una frescura deliciosa: innumerables avecillas hacian resonar aquellas enramadas con sus cantos suaves. Se veian las flores de la primavera que nacian de las huellas mismas, juntas con los mas opimos frutos del otoño que colgaban de los árboles. Allí nunca se sintieron los ardores de la furiosa canícula [1]: allí nunca osaron soplar ni hacer sentir el rigoroso invierno los negros aquilones. Ni la Guerra sedienta de sangre, ni la Envidia cruel que muerde con diente venenoso y lleva víboras enroscadas en el seno y los brazos, ni los celos, ni el Temor, ni los vanos deseos, se acercan jamas á aquella venturosa morada de la paz. En ella nunca se acaba el dia, y es desconocida la noche con su lóbrego velo: la luz mas dulce y pura inunda el cuerpo de aquellos justos, y los rodea como si los vistiera de sus rayos. Esa luz no se asemeja á la luz opaca que alumbra los ojos de los míseros mortales, y que no es sino tinieblas; mas que luz es gloria celestial: penetra con mayor sutileza los cuerpos mas espesos que los rayos del sol el mas puro cristal: no deslumbra, ántes bien fortifica los ojos, y derrama en lo interior del alma cierta serenidad. de ella sola se alimentan los bienaventurados: sale de ellos y en ellos entra, penetrándolos y fundiéndose en su esencia como los alimentos se asimilan con nosotros. Ellos la ven, la sienten, la respiran, siéndoles un manantial inagotable de paz y de contento, y hallándose sumergidos en ese piélago de delicias como los peces en el mar: nada quieren; poséenlo todo sin tener cosa alguna, porque ese gozo de luz pura satisface el anhelo del corazon: todos sus deseos estan cumplidos, y su plenitud los eleva sobre cuanto los hombres ávidos y hambrientos codician en la

[1] La canícula es una constelacion que sube el seis de julio, y hace su revolucion en seis semanas, cuyos dias se llaman caniculares.

tierra: de nada les sirven todos los deleites que los cercan porque el colmo de su felicidad, que viene de lo interior, no les deja sentimiento alguno para lo que de delicioso ven fuera de sí: estan como los dioses, que, hartos de néctar y ambrosía, no se dignarian alimentarse con los groseros manjares que se les presentaran en la mesa mas esquisita de los mortales. Todos los males huyen léjos de aquellos sitios tranquilos: la muerte, las enfermedades, la pobreza el dolor, los pesares, los remordimientos, los temores, hasta las esperanzas que á veces cuestan tantas penas como los temores, las discordias, los disgustos, los enojos, no pueden tener allí entrada.

Aunque las altas montañas de Tracia, cuyas cimas, cubiertas de nieves y hielos desde el principio del mundo, rasgan las nubes, fueran arrancadas de sus cimientos asidos al centro de la tierra, ni aun se conmoveria el corazon de aquellos justos: solo se compadecen de las miserias que agobian á los hombres miéntras viven en el mundo; pero esa compasion es dulce y apacible, y en nada menoscaba su inalterable felicidad. Juventud eterna, felicidad sin fin, gloria enteramente divina, hé ahí lo que se pinta en sus semblantes; pero su alegría está exenta de toda liviandad é indecencia; es una alegría dulce, noble, llena de majestad; es un gusto sublime de la verdad y de la virtud, que los enajena: todos los instantes sin interrupcion los pasan en el mismo arrobamiento de corazon en que está una madre al volver á ver al hijo querido que habia creido muerto; y esa alegría, que no tarda en disiparse para la madre, jamas huye del corazon de aquellos hombres; jamas se amortigua un momento; para ellos siempre es nueva, disfrutando, como disfrutan, de todo el alboroze de la embriaguez, sin participar de su trastorno y ofuscamiento.

Es su entretenimiento naoiar entre sí de lo que ven y de lo que gozan: desprecian las blandas delicias é ilusorias grandezas de su passada condicion que deploran; recuerdan con placer los tristes si bien lijeros años en que tuvieron que luchar, para ser buenos, consigo y con el torrente de los hombres corrompidos; admiran el favor de los dioses que los han conducido como de la mano hácia la virtud por medio de tantos peligros. Su corazon se halla continua-

mente inundado de no sé qué de divino que como un destello de la misma divinidad se une á ellos : ven, disfrutan su bienaventuranza, y conocen que es eterna. Cantando las alabanzas de los dioses, no forman sino una sola voz, un pensamiento solo, un solo corazon : la misma felicidad produce como un flujo y reflujo en aquellas almas unidas.

En ese arrobamiento divino pasan los siglos con mas rapidez que entre los mortales las horas, y sin embargo millares de siglos pasados no menoscaban su felicidad siempre nueva y siempre cabal. Todos reinan juntos, no en tronos que la mano del hombre pueda derribar, sino en el de sus propias almas con inmutable poderío; porque no han menester de ser temibles con el poder prestado de un pueblo vil y miserable. Ya no llevan esas falsas diademas cuyo esplendor oculta tantos temores y negros desvelos : los dioses mismos los han coronado con sus manos, y sus coronas son inmarcesibles.

Telémaco, que buscaba á su padre con temor de hallarle en aquellos hermosos lugares, quedó tan estasiado con el gusto de paz y felicidad que inspiraban, que le hubiera querido encontrar, y le afligia por su parte el tener que volver en seguida á la sociedad de los mortales. Aqui es, decia, donde está la verdadera vida; nuestra existencia es una muerte. Pero lo que le dejaba atónito era haber visto castigados en el Tártaro tantos reyes, y ver tan pocos en los Campos Elíseos, y conocia que hay pocos reyes con bastante firmeza y valor para resistirse á su propio poder, y rechazar la adulacion de tantas personas como escitan todas sus pasiones. Así son rarísimos los buenos reyes, y tan perversos los mas, que los dioses no serian justos, si, habiéndoles permitido abusar de su poder durante la vida, no los castigaran despues de la muerte.

Telémaco, no viendo á su padre Ulises entre aquell reyes, buscó al divino Laertes, su abuelo, mirando por tod partes. Miéntras le buscaba inútilmente, se le acercó u anciano venerable y lleno de majestad. Su vejez no se parecia á la de los hombres que el peso de los años agobia sobre la tierra : solamente se veia que habia llegado á ser viejo ántes de morir; era una mezcla de cuanto de grave tiene la vejez con todas las gracias de la juventud, porque las gra-

Se le acercó un anciano venerable y lleno de majestad.

cias renacen en los ancianos mas decrépitos al punto que entran en los Campos Elíseos. Aquel hombre se adelantaba con empeño, y miraba á Telémaco lleno de complacencia como á quien mucho amaba. Telémaco, que no le reconocia, estaba con inquietud y duda.

Te perdono, querido hijo mio, le dijo el anciano, que no me reconozcas. Yo soy Arcesio[1], padre de Laertes. Antes que Ulises mi nieto partiera para ir al sitio de Troya, habia yo acabado mis dias: tú eras entónces una criatura en brazos de la nodriza, y desde entónces ya habia concebido yo de tí grandes esperanzas, que no me engañaron, pues veo que has descendido al reino de Plutón para buscar á tu padre, y que los dioses te protegen en esta hazaña. ¡O mancebo feliz, los dioses te aman y te preparan gloria igual á la de tu padre! ¡O feliz tambien yo que te vuelvo á ver! No busques mas á Ulises en estos lugares, porque todavía vive, y está reservado para levantar nuestra casa en la isla de Itaca. Laertes mismo, aunque agobiado por el peso de los años, goza aun de la vida y aguarda á que su hijo vuelva á cerrarle los ojos. Así pasan los hombres como las flores, que se abren por la mañana, y á la tarde se ven marchitas y holladas. Las generaciones de la especie humana corren como las ondas de un raudo rio; nada puede parar al Tiempo, que arrastra en pos de sí lo que parece mas inmób Tú mismo, hijo mio, mi querido hijo, tú mismo que ahora gozas de una juventud tan lozana y tan fecunda en placeres verás, tenlo presente, que esa hermosa edad no es sino una flor que se seca apénas se abre; veráste mudado insensiblemente: las risueñas gracias, los dulces deleites que te acompañan, la fuerza, la salud, la alegría se desvanecerán como un bello ensueño, de que no te quedará mas que una tristísima memoria: vendrá la vejez lánguida y morosa que te arrugará el rostro, te encorvará el cuerpo, te debilitará los miembros, secará en tu corazon la fuente del placer, te hará lo presente enojoso, tremendo lo venidero, y te volverá insensible á todo ménos al dolor.

Parécete remoto ese tiempo: ¡ay! cómo te engañas, hijo

1 Arcesio era hijo de Júpiter: por eso se da á su hijo Lacertes el épiteto de divina.

mio! ese tiempo vuela, mírale como llega: lo que viene con tanta priesa, no dista mucho de tí, y el momento presente que hoye está ya bien léjos, pues se aniquila cuando aun no hemos acabado de decirlo, y es imposible alcanzarle. Nunca pues cuentes, hijo mio, con lo presente; sino procura mantenerte en la senda difícil y áspera de la virtud con los ojos puestos en lo futuro. Prepárate, por medio de costumbres puras y amor á la justicia, lugar en la morada de la paz.

Pronto volverás á ver al fin á tu padre, que recobrará la autoridad en Itaca. Tú has nacido para reinar despues de él; pero ¡ay! hijo mio, ¡cuán falaz es la regia condicion! Mirada de léjos, no se ve sino grandeza, esplendor y delicias; pero de cerca, todo espinoso. Puede un particular sin desdoro entregarse á una vida dulce y oscura. Un rey no puede sin deshonrarse preferir las dulzuras y el ocio á las penosas funciones del gobierno: siendo de todos los que gobierna, no le es lícito ser suyo: sus mas lijeras faltas son de infinita consecuencia, porque causan la desgracia de los pueblos, y algunas veces para muchos siglos: debe reprimir la audacia de los malvados, defender la inocencia, disipar la calumnia. No le basta no hacer mal alguno; es menester que haga todo el bien posible que el estado necesita. No es suficiente que haga bien por sí, ha de impedir tambien el mal que otros harian, si no se les contuviera. Teme pues, hijo mio, teme una condicion tan peligrosa; ármate de valor contra tí mismo, contra tus pasiones y contra los aduladores.

Al decir tales palabras, parecia Arcesio animado de un fuego divino, y mostraba á Telémaco un semblante lleno de compasion por los males que acompañan la dignidad real. Cuando se toma, decia, para satisfaccion propia, es una monstruosa tiranía; cuando se toma para cumplir con sus obligaciones, y dirigir á un pueblo numeroso como dirige un padre á sus hijos, es una esclavitud mortal que exige una valentia y una paciencia heróicas. Por eso disfrutan aquí ciertamente los que han reinado con sincera virtud cuanto la omnipotencia de los dioses puede conceder para completar la bienaventuranza.

Miéntras Arcesio hablaba de ese modo, sus palabras penetraban hasta lo mas íntimo del corazon de Telémaco, que

dándosele grabadas como en el bronce se graban las figuras indelebles que un diestro artífice forma con su buril para que las contemple la mas remota posteridad. Esas sabias palabras eran como una llama sutil que se deslizaba por las entrañas del jóven de Telémaco, que se sentia conmovido y abrasado, y parecia que un ardor divino le derretia el corazon. Lo que esperimentaba en la parte mas íntima de sí mismo, le consumia misteriosamente, sin poder contenerlo, ni soportarlo, ni resistir á tan violenta impresiona era un sentimiento vivo y delicioso, mezclado con un dolor capaz de acabar con la vida.

Despues empezó Telémaco á respirar con mas desahogo. Reconoció entónces en el rostro de Arcesio mucha semejanza con Laertes: aun creia recordar confusamente haber visto en Ulises, su padre, facciones parecidas, cuando Ulises partió para el sitio de Troya. Ese recuerdo le enterneció; saliéronle á los ojos lágrimas dulces, mezcladas con alegria: quiso abrazar á una persona tan amada; pero intentólo en vano muchas veces: la sombra incorpórea se resbalaba de sus brazos como un sueño engañoso se sustrae al hombre que cree tenerle asido, cuando ora con sedienta boca persigue una agua fugitiva, ora agita los labios para formar palabras que su lengua entumecida no puede articular, alargando las manos con esfuerzo y no pudiendo coger cosa alguna: así Telémaco no logra satisfacer su ternura; ve á Arcesio, le oye, le habla, pero no puede tocarle. Al cabo le pregunta quienes son los hombres que ve al rededor de él.

Aquí ves, hijo mio, le respondió el sabio anciano, á los varones que han sido el ornamento de su siglo, la honra y la felicidad del género humano. Ves á los pocos reyes que han sido dignos de serlo, y que han desempeñado fielmente las funciones de la divinidad en la tierra. Los otros que ves tan cerca de ellos, si bien separados por esa lijera nube, disfrutan de ménos gloria: son héroes, á la verdad, pero el galardon de su denuedo y hazañas militares no se puede comparar con el de los reyes sabios, justos y benéficos.

Entre esos héroes ves á Teseo, que tiene el semblante algo triste: ha sentido la desgracia de ser demasiado crédulo con una mujer artificiosa, y aun le aflige el haber pedido á Neptuno tan injustamente la muerte cruel de su hijo Hipó-

lito[1] : ¡dichoso él si no hubiera sido tan pronto y fácil de irritar! Ves tambien á Aquiles apoyado en su lanza[2] por la herida que le hizo en el talon la mano del cobarde Páris, y que le arrancó la vida. Si hubiera sido tan prudente, justo y moderado como intrépido era, los dioses le hubieran concedido un largo reinado; pero han tenido piedad de los Ptiotes[3] y de los Dólopes, cuyo rey debia de haber sido naturalmente despues de Peleo, y no han querido entregar tantos pueblos al capricho de un hombre impetuoso, mas fácil de irritar que la mar mas borrascosa. Las parcas han acortado el hilo de sus dias, y ha sido como una flor apénas abierta que el hierro del arado siega y que cae ántes de acabarse el dia en que se ha visto nacer. Los dioses no han querido servirse de él sino como de los torrentes y tempestades para castigar los crímenes de los hombres; han empleado á Aquiles para derribar los muros de Troya, vengando así el perjurio de Laomedonte[4] y los culpables amores de Páris. Satisfechos con el servicio de ese instrumento de su cólera, se aplacaron, y negaron al llanto de Tetis el consentir mas tiempo en la tierra al jóven héroe, que no era

[1] Hipólito, hijo de Teseo y de Hipólita, acusado por Fedra, su madrastra, de haber querido atentar á su honra. Teseo, demasiado crédulo con ella, no contento con desterrar á Hipólito, rogó á Neptuno que castigara su pretendido crímen: así, yendo en su carro este jóven príncipe que huia de la indignacion de su padre, halló á orillas del mar un monstruo marino que espantó sus caballos de tal modo, que le hicieron volcar, y le mataron á fuerza de arrastrarle por las rocas.

[2] Aquiles habia sido bañado en las aguas de la Estigia, en donde su madre le metió por tres veces, lo que le hizo invulnerable, ménos por el talon, que fué por donde su madre le tuvo.

[3] Pueblos de Tesalia, de los cuales era rey Peleo.

[4] Laomedonte, hijo y sucesor de Ilo, edificó las murallas de Troya con la ayuda de Apolo y de Neptuno, á quienes prometió con juramento cierta recompensa que luego les negó. Ellos se vengaron de su engaño con muchos males, de manera que para aplacarlos tuvo que entregar á su hija Hesione, condenada á ser devorada por monstruos marinos. Hércules se ofreció á libertarla á condicion de que Laomedonte le diera los soberbios caballos de raza divina que tenia; lo que se negó este pérfido á cumplir, luego que Hesione se salvó del peligro

capaz sino de turbar á los hombres, de destruir las ciudades y los imperios.

Pero ¿ves á ese otro con el semblante feroz? Ese es Ayax, hijo de Telamon y primo de Aquiles: tú no ignoras sin duda cual haya sido su gloria en los combates. Despues de la muerte de Aquiles, pretendió que no podian darse su armas á otro que á él; tu padre no creyó que se las debiera ceder: los Griegos decidieron en favor de Ulises. Ayax se mató desesperado; en su rostro estan pintadas todavía la indignacion y la ira. No te acerques á él, hijo mio, no crea que tú quieres insultarle en su infortunio, siendo justo compadecerle: ¿no adviertes como nos mira con pesar, y que se interna en aquella sombría espesura, porque le somos odiosos? En este otro lado ves á Héctor, que hubiera sido invencible, si el hijo de Tetis no hubiera estado en el mundo al mismo tiempo. Pero hé allí á Agamenon que pasa, y que todavía lleva las señales de la perfidia de Clitemnestra. O hijo mio, me estremezco al pensar en las desgracias de la familia del impío Tántalo. La discordia de los dos hermanos Atreo[1] y Tiestes han llenado su casa de sangre y horror. ¡Ah! ¡cómo acarrea un crímen otros crímenes! Agamenon de vuelta de Troya, donde habia estado á la cabeza de los Griegos, no tuvo tiempo de gozar en paz la gloria que habia adquirido: tal es el destino de casi todos los conquistadores. Todos esos hombres que tú ves, han sido formidables en la guerra; pero no han sido virtuosos ni dignos de amor, y por lo mismo no estan mas que en la segunda morada de los Campos Eliseos.

En cuanto á estos, por haber reinado con justicia y amado á sus pueblos, son amigos de los dioses, miéntras Aquiles y Agamenon, llenos de sus rencores y batallas, todavía con-

[1] Atreo y Tiestes, hijos de Pélope y de Hipodamia, se aborrecian uno á otro de un modo implacable. Tiestes, que no pensaba sino en atormentar á Atreo, deshonró su tálamo, y se puso á buen recaudo. Atreo, que tenia en su poder hijos de Tiestes, fingió que todo lo habia olvidado, y le convidó á un festin, al cual asistió Tiestes. Despues que se levantaron de la mesa, le enseñó Atreo las cabezas y manos cortadas de sus hijos, dándole á entender que habia comido su carne. Tiestes se valió de su hijo natural Egisto para que le vengara de su hermano.

servan aquí sus penas y defectos naturales. En tanto que lamentan en vano la vida que han perdido, y que se afligen de no ser mas que sombras impotentes y vacías, los reyes justos, purificados por la luz divina de que se nutren, nada tienen que desear para su felicidad : miran con lástima las zozobras de los mortales, pareciéndoles como juegos de niños los mayores negocios que agitan á los hombres ambiciosos : sus corazones estan saturados de verdad y virtud, que sacan del manantial. No tienen que padecer ni por otros ni por sí : no mas deseos, no mas necesidades, no y mas temor : para ellos, escepto la alegría todo se ha acabado.

Contempla, hijo mio, á ese antiguo monarca que fundó el reino de Argos. Tú ves á Inaco en ese anciano tan apacible y majestuoso : las flores nacen de sus pasos : su marcha lijera parece el vuelo de un ave : tiene en la mano una lira de marfil y en éstasis eterno canta las maravillas de los dioses. Del corazon y de la boca exhala una esquisita fragancia; la armonía de su voz y de su lira arrebatara á los hombres y á los dioses. Tal es la recompensa de su amor al pueblo que reunió en el ámbitio de sus nuevas murallas, al cual dió leyes.

En el otro lado puedes ver entre aquellos mirtos á Cécrope, egipcio, que fué el primero que reinó en Atenas, ciudad consagrada á la sabia diosa de quien tomó el nombre. Cécrope, llevando de Egipto leyes útiles, que han sido en Grecia la fuente de las letras y de las buenas costumbres, suavizó á los naturales feroces de las aldeas de la Atica, y los unió con los lazos de la sociedad. Fué justo, humano, compasivo : dejó á los pueblos en la abundancia, y á su familia en la medianía, no queriendo que sus hijos le sucedieran en la autoridad, porque juzgaba que habia otros mas dignos de ella.

Tambien necesito mostrarte en ese vallecillo á Ericton, que inventó el uso de la moneda, con el fin de facilitar el comercio entre las islas de Grecia; pero previó el inconveniente anejo á esa invencion. Aplicaos, decia á todos los

1 Ericton, cuarto rey de Atenas, hijo de la tierra y Vulcano, inventó el uso de los carros.

pueblos, á multiplicar en vuestro suelo las riquezas naturales, que son las verdaderas : cultivad la tierra, para tener abundancia de trigo, vino, aceite y frutas; tened innumerables ganados que os alimenten con su leche y os cubran con su lana : de ese modo os pondréis en estado de no temer jamas la pobreza. Cuantos mas hijos tengais, tanto mas ricos seréis, con tal que les inspireis la aficion al trabajo; porque la tierra es inagotable, y aumenta su fecundidad en proporcion del número de sus habitantes que cuidan de cultivarla : á todos paga sus fatigas con liberalidad, y solo se vuelve avara é ingrata para los que la cultivan con negligencia. Dedicaos pues principalmente á las verdaderas riquezas, que son las que satisfacen las verdaderas necesidades del hombre. En cuanto al dinero, es menester no hacer de él mas caso que el que merezca cuando sea necesario, ó para las guerras inevitables que han de sostenerse fuera, ó para el comercio de las mercancías necesarias que faltan á vuestro pais; y aun seria de desear que se dejara desaparecer del comercio todo lo que no sirve mas que para fomentar el lujo, la vanidad y la molicie.

El prudente Ericton decia muchas veces : Yo temo, hijos mios, que os he procurado un don funesto con la invencion de la moneda. Preveo que escitará la avaricia, la ambicion, el fausto; que mantendrá una infinidad de artes que acabarán enervando y corrompiendo las costumbres; que os hará enojosa la feliz sencillez en que estriban el sosiego y la seguridad de la vida; en fin, que os llevará á despreciar la agricultura, que es el fundamento de la vida humana, y el manantial de todos los bienes verdaderos; pero los dioses son testigos de la pureza de mis intenciones al daros una invencion útil en sí misma. Por último, cuando Ericton notó que, como lo habia previsto, el dinero corrompia los pueblos, se retiró de dolor á una montaña agreste, en donde vivió pobre y léjos de los hombres hasta una vejez estremada, sin querer mezclarse en el gobierno de las ciudades.

Poco tiempo despues apareció en Grecia el famoso Triptolemo[1], á quien Ceres habia enseñado el arte de cultivar

1 Triptolemo era hijo de Celeo, otros dicen de Eleusio, rey de

las tierras, y cubrirlas todos los años de doradas mieses. No dejaban de saber los hombres, que ya conocian el trigo, la manera de multiplicarle sembrándole; pero ignoraban la perfeccion de la labranza, y Triptolemo, enviado por Ceres, se presentó con el arado, ofreciendo los dones de la diosa á todos los pueblos que tuvieran el valor necesario para vencer su natural pereza, y darse á un trabajo asiduo. No tardó Triptolemo en enseñar á los Griegos á hender la tierra y fertilizarla desgarrándole el seno: no tardaron los segadores en derribar con infatigable ardor al golpe de sus cortantes hoces las pajizas espigas que cubrian los campos. Los pueblos todavía salvajes, que corrian dispersos acá y allá en los bosques del Epiro y Etolia para alimentarse de bellotas, dulcificaron sus costumbres y se sometieron á leyes, cuando aprendieron á hacer crecer las mieses, y á alimentarse con pan.

Triptolemo hizo sentir á los Griegos el placer que hay en no deber las riquezas sino á su propio trabajo, y en encontrar en su campo todo lo necesario para hacer la vida cómoda y dichosa. La abundancia tan simple, tan inocente, que la agricultura proporciona, les trajo á la memoria los sabios consejos de Ericton: entónces despreciaron el dinero y todas las riquezas artificiales, que no son riquezas sino por la imaginacion del hombre, que le incitan á buscar placeres peligrosos, y que le apartan del trabajo, en donde hallaria todos los bienes reales con costumbres puras en amplia libertad. Conocióse pues que un campo fértil y bien cultivado es el verdadero tesoro de una familia que sabe y quiere vivir frugalmente como sus padres han vivido. ¡Dichosos los Griegos, si se hubieran mantenido firmes en estas máximas tan adecuadas á la conservacion del poder, de la libertad y de la ventura, de que con ellas hubieran sido dignos por medio de una sólida virtud! Pero ¡ay! empiezan á admirar las falsas riquezas, descuidan poco á poco las verdaderas, y van degenerando de esa maravillosa simplicidad.

O hijo mio, tú reinarás; cuando llegue ese dia recuerda que es menester traer á los hombres á la agricultura, y hon-

---

Eleusis. Su padre habia hospedado honrosamente á Ceres, cuando buscaba á su hija Proserpina, robada por Pluton. Esta diosa, por agradecimiento, enseñó á Triptolemo el arte de cultivar los trigos.

rar esa profesion, procurando aliviar á los que á ella se apliquen, y no permitiendo el ocio ni la ocupacion en artes que fomenten el lujo y la molicie. Los dioses aman aquí con predileccion á esos dos hombres que han sido tan sabios en la tierra. Advierte, hijo mio, que su gloria supera á la de Aquiles y otros héroes que no han sobresalido mas que en los combates, como la dulce primavera al invierno helado, ó como la luz del sol al resplandor de la luna.

Miéntras Arcesio hablaba así, observó que Telémaco tenia los ojos fijos en un bosquecillo de laureles, y en un arroyo festoneado de violetas, rosas, lirios y otras muchas flores olorosas, cuyos vivos matices parecian á los de Iris cuando baja del cielo á la tierra para anunciar á algun mortal la voluntad de los dioses. En aquel hermoso sitio estaba el gran Sesostris, á quien conoció Telémaco: parecia mil veces mas majestuoso que cuando se sentaba en el trono de Egipto. Salian de sus ojos rayos de una luz dulce que deslumbraba los de Telémaco. Hubiérase creido, al verle, que estaba embriagado de néctar, tan arrebatado le tenia el espíritu divino sobre la razon humana para recompensar sus virtudes.

Telémaco dijo á Arcesio: Reconozco, padre mio, á Sesostris, al sabio rey de Egipto, á quien no hace mucho he visto allí.

Él es, respondió Arcesio, y tú ves por su ejemplo cuan magníficos son los dioses en recompensar á los buenos reyes; pero debes saber que nada es toda esa felicidad en comparacion de la que le estaba destinada, y de que gozaria, si la demasiada prosperidad no le hubiese hecho olvidar las reglas de la moderacion y la justicia. El empeño de abatir el orgullo é insolencia de los Tirios le llevó á tomar su ciudad. Esta conquista le sugirió el deseo de otras: dejóse deslumbrar de la falsa gloria de los conquistadores, y subyugó, ó por mejor decir, devastó el Asia entera. A su vuelta á Egipto, halló que su hermano se habia apoderado del cetro, y con su injusto gobierno habia alterado las mejores leyes del pais. De modo que sus magníficas conquistas solo le sirvieron para trastornar su propio reino. Lo que empero le hizo mas indisculpable fué el haberse infatuado con su gloria hasta el punto de enganchar á su carro á los mas soberbios de los reyes que habia vencido. Despues,

conociendo su falta, se avergonzó de haber sido tan inhumano. Ese fué el fruto de sus victorias. Hé ahí lo que hacen contra sus estados y en perjuicio propio los conquistadores, por querer usurpar los de sus vecinos. Hé ahí lo que destronó á un rey en lo demas tan justo y tan benéfico; y eso es lo que disminuye la gloria que los dioses le tenian preparada.

¿No ves á ese otro, hijo mio, cuya herida parece tan brillante? Ese es un rey de Caria, llamado Diocides, que se sacrificó por su pueblo en una batalla, porque el oráculo habia dicho: que, en la guerra entre los Carienses y Licios, la nacion cuyo rey muriera saldria vencedora.

Contempla á este otro: es un sabio legislador, que, habiendo dictado á su pueblo leyes propias para hacerle bueno y feliz, le tomó juramento de no violar jamas ninguna de ellas durante su ausencia: despues de lo cual partió, se desterró de su patria, y murió pobre en tierra estraña, para obligar á su pueblo á cumplir el juramento guardando siempre leyes tan provechosas.

Ese otro que ves es Eunesimo, rey de los Pilienses, y uno de los ascendientes del sabio Nestor. En una peste que asolaba la tierra, y cubria de nuevas sombras las orillas del Aqueronte, pidió á los dioses que aplacaran su enojo, redimiendo con su muerte á tantos millares de inocentes. Los dioses acogieron su ruego, y le hicieron encontrar aquí el reinado verdadero, del cual todos los de la tierra no son sino vanas sombras.

El anciano que ves coronado de flores es el famoso Belo, rey de Egipto y esposo de Anquinoe, hija del dios Nilo, que esconde el manantial de sus aguas, y enriquece el suelo que riega con sus inundaciones. Tuvo dos hijos: Danao, cuyo historia sabes; y Egipto, que dió su nombre á aquel hermoso pais. Belo se creia mas rico con la abundancia que procuraba á su pueblo, y con el amor de sus súbditos, que con todos los tributos que hubiera podido imponerles. Esos varones, que tú crees muertos, viven, hijo mio, porque la muerte es la vida que se arrastra miserablemente en la tierra; solo los nombres estan mudados. ¡Plegue á los dioses hacerte tan bueno, que merezcas esta vida bienaá venturada que nada puede acabar ni afligir! Date priesa, que ya es tiempo, á ir á buscar á tu padre. ¡Ay! ¡cuánta

sangre verás derramer aun ántes de encontrarle! pero ¡cuánta gloria te espera en los campos de la Hesperia! Ten presentes los consejos del sabio Mentor: si los sigues, tu fama será grande en todos los pueblos y por todos los siglos.

Dijo, y al punto condujo á Telémaco hácia la puerta de marfil por donde se puede salir del tenebroso imperio de Pluton. Telémaco, sin poder abrazarle y con las lágrimas en los ojos, se apartó de él, y saliento de aquellos sombríos lugares, volvió apresuradamente al campamento de los aliados, despues de haberse unido en el camino con los dos jóvenes Cretenses que le habian acompañado hasta la entrada de la caverna, y que no esperaban volverle á ver.

LIBRO XX.

Telémaco hace prevalecer en el consejo de los caudillos su dictámen de no sorprender á Venusa, confiada por ambas partes enemigas á la custodia de los de Lucania. Muestra su sabiduría con motivo de dos tránsfugas, de los cuales uno, llamado Acanto, se habia propuesto envenenarle, y el otro, llamado Dioscoro, ofrecia á los aliados la cabeza de Adrasto. En la batalla que se traba en seguida, Telémaco lleva la muerte por donde quiera que va para encontrarse con Adrasto, que tambien le busca, y mata de camino á Pisístrato, hijo de Nestor: sobreviene Filoctetes, y al tiempo que va á herir á Adrasto recibe una herida que le obliga á retirarse del combate. Telémaco acude á los gritos de sus aliados, en quienes Adrasto hace una horrible carnicería, pelea con este enemigo, y le perdona la vida á ciertas condiciones que le impone. Adrasto, habiéndose levantado, quiere sorprender á Telémaco; este cierra con él de nuevo, y le mata.

Juntáronse entre tanto los caudillos del ejército para deliberar si convendria tomar á Venusa[1]. Era esta una ciudad fuerte que Adrasto habia usurpado á sus vecinos los Daucetes de la Apulia, los cuales habian entrado en la liga para pedir la reparacion de semejante despojo. Adrasto, para

[1] Venusa, hoy Venosa, es una pequeña ciudad episcopal del reino de Napóles, en la Basilicata, al norte de Cirenza, de que es sufragánea, y dista cinco leguas